

RACIONALISMO CRÍTICO Y SOCIALDEMOCRACIA

Publicado en Eugenio Moya (ed.), *Ciencia, Sociedad y mundo abierto. Homenaje a K. R. Popper*, Comares, Granada, 2004, pp. 191-216.

JORGE NOVELLA,
Universidad de Murcia

“El hombre ha creado nuevos mundos – los del lenguaje, la música, la poesía, la ciencia- y el más importante de ellos es el mundo de las exigencias morales, exigencias de igualdad, libertad y ayuda a los débiles” (K. R. Popper)

LA EMANCIPACIÓN POR EL CONOCIMIENTO

La teoría social y política de Karl R. Popper ha sido calificada, la inmensa mayoría de las veces, con adjetivos al uso como “neoliberal”, “conservadora”, etc. De ahí que me proponga – popperianamente – mostrar lo inexacto de esa valoración. Incluso a sabiendas que tanto neoliberales como neoconservadores¹ utilizan a Popper para sus ajustes de cuentas con el socialismo democrático y/o la socialdemocracia; equiparando –sin el más mínimo rigor intelectual- socialismo con marxismo soviético o comunismo, Diamat, socialismo ortodoxo... o cualquiera de las nomenclaturas al uso. De tal suerte que se convierte en algo equívoco y contradictorio que no contribuye a una discusión acerca de la relación del racionalismo crítico con la socialdemocracia, siempre defensora de la sociedad abierta.

Popper representa, además, la actitud del filósofo que debate y expone sin dar su brazo a torcer, en una permanente actitud socrática. “*Nada por encima de la crítica y la discusión*”, éste es el emblema de Karl R. Popper. Heredero de una concepción del mundo kantiano-liberal alejada de Hegel/Marx y de las posturas más neoconservadoras del momento, los calificativos que a uno le vienen a la mente en cuanto piensa en él son los de *demócrata*, *antidogmático* y *crítico* en el sentido kantiano. Esa búsqueda sin termino que caracterizó su

¹ Véase el artículo de José M^a Aznar, “Omnisciencia, falibilidad y tolerancia. El homenaje de un político a Karl Popper”, en AAVV: *Homenaje a Karl Popper*, Papeles de la Fundación, nº 25, Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales, Madrid, 1995. “Pero la experiencia de los años le mostró que muchas ideas en principio generosas del socialismo democrático estaban equivocadas y resultaban contraproducentes”, p. 14. Las críticas de Popper van contra el marxismo y comunismo, como veremos posteriormente.

vida intelectual fue dirigida a luchar en el terreno político, directamente, sin ambages y tapujos -fiel a su estilo– contra el fascismo, nazismo y comunismo o contra cualquier teoría pseudocientífica (desde Marx al psicoanálisis de Freud), repletas de utopismo y promesas de felicidad.

Además, su permanente debate y radicalidad contra cualquier modo de debilitamiento del pensamiento, ya sea en la modalidad de pensamiento perezoso o proclive a “hacerse ilusiones” (*wishful thinking*), pasando por cualquier tipo de misticismo o nihilismo evanescente (tan de moda en estos tiempos de desasosiego) ha llevado al profesor Jacobo Muñoz a equiparar a nuestro filósofo con un Kant del siglo XX, (el hombre como legislador de la naturaleza y de la moral), convirtiéndolo en un

“heredero genuino... no precisamente de los menos vivos e interesantes en esta coyuntura nuestra de revisión crítica del legado jánico de la Ilustración”².

Y lo concreta en cuatro aspectos del racionalismo crítico donde se puede apreciar, inequívocamente, su estirpe kantiana: autodeterminación moral como desarrollo de una razón crítica; crítica sistemática de toda racionalidad especulativa que pretenda sustraerse al control de la realidad experimentable; la búsqueda de un orden racional del mundo; y confianza en que el progreso y emancipación humanas solo son posibles a través de la discusión racional³.

Resumiendo: actitud de ilustración y concepción crítica de la filosofía, serían sus premisas básicas y repetidas una y otra vez por el mismo Popper⁴. La primera se hace manifiesta una y otra vez al hacer siempre suyos los ideales de la Ilustración: reducción de la miseria y la realización de la libertad y la felicidad. La segunda al asumir el legado de una tradición que ha hecho de la discusión crítica, abierta y libre no sólo la piedra angular de la educación de los ciudadanos o la formación de la opinión pública, sino también la práctica científica. En este sentido, el racionalista crítico, tal como lo describe en “Utopía y violencia”,

“es consciente del hecho simple de que toda facultad crítica o razón que pueda poseer la debe al intercambio intelectual con otros. Por consiguiente, se sentirá inclinado a considerar a los hombres como fundamentalmente iguales, y a la razón humana como vínculo que los une. La razón, para él, es

² Muñoz, J.: “Un ilustrado del siglo XX”, prólogo a Ángeles Perona, *Entre el liberalismo y la socialdemocracia. Popper y la “sociedad abierta”*, Anthropos, Barcelona, 1993, pp. 9-13.

³ *Ibid.*, p. 10.

⁴ Popper, K. R.: “La emancipación por el conocimiento”, “Inmanuel Kant: el filósofo y la Ilustración”, “¿En qué cree Occidente?”, en: *En busca de un mundo mejor*, trad. Jorge Vigil, Paidós, Barcelona, 1996.

precisamente lo opuesto a un instrumento del poder y la violencia: la ve como un medio mediante el cual domesticar a éstos”⁵.

LA VIENA ROJA: COMUNISMO Y SOCIALISMO

En *Búsqueda sin término*, su autobiografía intelectual, podemos ver claramente plasmado su compromiso temprano con la libertad, la razón y la búsqueda de la verdad a través de la visión que tuvo de un siglo XX plagado de guerras, dictadores y miseria, pero, al mismo tiempo, no exento de grandes acontecimientos.

El primer dato a tener en cuenta es el de su relación con el comunismo y con la socialdemocracia (a veces solapados en un mismo término, equívoco, “socialismo”, sin adjetivación), ya en los años de adolescencia. Popper habla de ellos como una de las “*mayores influencias en mi primer desarrollo intelectual*”. Menciona a su amigo Artur Ardnt⁶, destacado socialista y antibolchevique, que

“me halló muy predispuesto –confiesa Popper- a escuchar ideas socialistas, pues nada, pensaba yo, podría ser más importante que acabar con la pobreza”⁷.

Es este mismo amigo quien le habla de marxismo y darwinismo y pone en las manos su primera lectura “socialista”, *Looking Backward* de Edward Bellamy⁸. Es curioso como Popper da el calificativo de “primer libro que leí sobre socialismo” a esta obra de ciencia ficción y utópica (¡tenía 12 años!).

⁵ Popper, K. R.: *Conjeturas y refutaciones. El desarrollo del conocimiento científico*, trad. Néstor Miguez, Paidós, Barcelona, 1983, pp. 434-435.

⁶ Jurista del SPD del ala reformista. Iring Fetscher escribe: “Los reformadores volvieron a buscar en el imperativo categórico de Kant y el antiguo liberalismo las enraizadas motivaciones del socialismo ético, aunque interpretando la idea de libertad en un sentido comunitario (y no individualista o anárquico) e hicieron del humanismo pluralista democrático el punto central de sus convicciones”, *Socialismo. De la lucha de clases al Estado Providencia*, Plaza & Janés, Barcelona, 1977, p. 204, (cap. II, El Socialismo en Alemania, Los reformadores).

⁷ Popper, K. R.: *Búsqueda sin término. Una autobiografía intelectual*, (1969¹), Alianza, Madrid, 2002, p. 21.

⁸ Bellamy, E.: *El año 2000. Una visión retrospectiva*, col. Utopías & Distopías, Abraxas, Barcelona, 2000. En 1887, Edward Bellamy escribió el libro *Looking Backward. From 2000 to 1887*. Presentado en su día como perteneciente al género de la literatura utópica, hoy es un clásico de la ciencia ficción. Fue considerado como uno de los libros más influyentes en la primera mitad del siglo XX, después de *El Capital* de Karl Marx. Bellamy expone su visión sobre el significado del progreso al describir en esa mirada retrospectiva una América socialista en el año 2000 (criticado por William Morris); la novela narra la historia de un bostoniano con el nombre de Julian West, que una noche de 1887 se fue a dormir con el ánimo de combatir su insomnio, para despertarse en el Boston del año 2000, y la posterior relación de este personaje con el doctor que se ocupa de él y la hija de éste. Todo ello bajo la mirada de un personaje y héroe romántico desplazado en el espacio y en el tiempo mediante un complejo desfase temporal. Es una utopía optimista, no como las antiutopías características del siglo XX. A lo largo de la novela se analizan diferentes estructuras sociales y económicas desde la perspectiva de casi 130 años de distancia: la educación, el acceso al trabajo y los salarios, el “ir de compras”, la música, la sanidad, el progreso en su conjunto, etc. Esta obra descansa en un orden marxista-humanista, con fuertes componentes románticos.

La Gran Guerra acabó con “los aires de liberalismo” que recorrían Europa y los años del conflicto serán decisivos para su desarrollo intelectual; la primera consecuencia es la pulverización del internacionalismo de los partidos socialistas alemán y francés. Pronto comprendió que la guerra es muerte y destrucción. Atrás quedaron las declaraciones de los partidos socialistas, todos - excepto el Partido Socialista Italiano y el Independent Labour Party- apoyaron la conflagración mundial, haciendo primar “los intereses nacionales” sobre “la solidaridad socialista”. Más tarde en la cumbre de Londres (1915) se comprometieron los partidos socialista aliados a acabar con “el triunfo del imperialismo alemán significaría el ocaso de la democracia y la libertad en Europa”.

Marx, Engels, Lasalle, Kautsky, Bernstein forman parte de su biblioteca junto a la de críticos de Marx como Kropotkin, Menger o Bohm-Bawerk. Y su encuentro con Baruch de Spinoza... y Kant

“Su lectura me dejó un disgusto de por vida respecto a teorizar sobre Dios. (Todavía pienso que la teología es el resultado de la falta de fe)... Kant era diferente... Pero por la tabla de la primera antinomia pude ver que se estaban discutiendo problemas reales; y por el prefacio pude percatarme también de que la matemática y la física eran necesarias para entender estas cosas”⁹

Cuando acaba el Gymnasium y acude a la Universidad donde es miembro de la asociación de alumnos socialistas, los debates giran en torno a la paz y a la violencia

“Pero en la primavera de 1919, yo, junto con unos cuantos amigos, fui convertido por su propaganda. Durante unos dos o tres meses me consideré comunista. Pronto iba a quedar desencantado. El incidente que me enfrentó con el comunismo, y que pronto había de alejarme enteramente del marxismo, fue uno de los más importantes en mi vida. Ocurrió muy poco antes de mi decimoséptimo cumpleaños. En Viena se desencadenó un tiroteo durante una manifestación de jóvenes socialistas no armados que, instigados por los comunistas, trataban de ayudar a escapar a algunos comunistas que estaban arrestados en la comisaría central de la policía de Viena. Varios jóvenes obreros socialistas y comunistas murieron. Yo estaba horrorizado y espantado de la brutalidad de la policía, pero también de mí mismo. Porque sentía que, como marxista, compartía parte de la responsabilidad por la tragedia”¹⁰

Las promesas de ese mundo mejor que pretendía instaurar el comunismo a través de las leyes del desarrollo histórico, le llevan a plantearse si realmente conoce y si

“lo había examinado críticamente, como debería hacer cualquiera antes de aceptar un credo que justifica sus medios por un fin un tanto distante?”

⁹ Popper, *Búsqueda sin término*, p. 29.

¹⁰ *Ibid.*, pp. 53-54; también en *La responsabilidad de vivir. Escritos sobre política, historia y conocimiento*, traducción Concha Roldán, Paidós, Barcelona, 1995, pp. 228-229, en la conferencia, pronunciada en la Universidad de Eichstätt en mayo de 1991, “Contra el cinismo en la interpretación de la historia.”

Se sorprende a sí mismo al ver lo endeble de su posición y de cómo ha influido la “lealtad a sus amigos”, “la causa”, etc... todo le conducirá a constatar que

“Había aceptado un credo peligroso de una manera acrítica, dogmática. La reacción me convirtió primero en un escéptico; luego me llevó, aunque sólo por un corto tiempo, a reaccionar contra todo racionalismo. (Como descubrí más tarde, ésta es una reacción típica de un marxista decepcionado).

En la época en que tenía diecisiete años me había convertido en un antimarxista. Me había percatado del carácter dogmático de su credo y de su increíble arrogancia intelectual. Era una cosa terrible arrogarse un tipo de conocimiento que convertía en un deber arriesgar la vida de otras personas por un dogma acríticamente aceptado o por un sueño que podría resultar no realizable”¹¹.

A partir de aquí encadena una serie de reflexiones sobre la dictadura del proletariado, retomando la utilización de la violencia, a la par que constata como los comunistas nunca han forjado una mayoría, pero se resiste a dar a conocer sus críticas al marxismo, cosa que no hará hasta dieciséis años más tarde, en 1935, cuando inicia lo que después serían *La miseria del historicismo* y *La sociedad abierta y sus enemigos*.

Pero, ¿por qué dilató esta crítica? Sin duda alguna, por la situación de Austria. **Todos** los elementos de la izquierda participaban, en mayor o menor manera, de las doctrinas marxistas y los que se oponían a ellas eran los nacionalistas y la extrema derecha que conformarían, años más tarde, con Dolfüss, el fascismo austriaco.

De este episodio, nuestro hombre, sale vacunado de la política de partidos, de la superioridad de la pretendida intelligentsia comunista, de los socialdemócratas “consideraba fatalmente erróneo el historicismo marxista de sus líderes”, su “misión histórica” rayaba en la “fe religiosa” en un ambiente de guerra civil permanente, que años más tarde acabaría con este “gran movimiento”, hasta que en 1933 se produjo “el suicidio final del partido socialdemócrata” y ello, “ocasionara el fin de la democracia en Austria”. Y es aquí donde Popper escribe un texto que a veces se descontextualiza torticeramente

“Durante varios años seguí siendo socialista, incluso después de mi rechazo del marxismo; y si pudiera haber una cosa tal como el socialismo combinado con la libertad individual, aun seguiría siendo socialista. Porque no puede haber nada mejor que vivir una vida libre, modesta y simple en una sociedad igualitaria. Me costó cierto tiempo reconocer que esto no es más que un bello sueño; que la libertad es más importante que la igualdad; que el intento de realizar la igualdad pone en peligro la libertad, y que, si se pierde la libertad, ni siquiera habrá igualdad entre los no libres”¹².

¹¹ Ibid., p. 55.

¹² Ibid., p. 58.

Su encuentro con el marxismo marcó su obra y su personalidad para siempre, lo convirtió, aunque fuese para alejarse críticamente de él, en un “falibilista” y le “inculcó modestia intelectual”; dos elementos que le harán, por contraste ver en Einstein la actitud auténtica, no dogmática, científica, necesaria para intentar explicar ese mundo al que se enfrentaba.

De esta manera, sobre el fondo de los efectos de las dos guerras, el ascenso del nazismo y el totalitarismo se ha ido perfilando ese Karl R. Popper que se autoconcibe como

“un kantiano no ortodoxo y un realista (...) En ética, me consideraba, asimismo, kantiano. Y solía pensar en aquél tiempo que mi crítica del Círculo de Viena era simplemente el resultado de haber leído a Kant y de haber entendido algunas de sus principales tesis”¹³

Su salida de Viena le llevó una estancia de ocho meses en Inglaterra, donde llegó en el otoño de 1935, meses preñados de acontecimientos en el intento de parar lo inevitable. Allí se dio cuenta de que

“la democracia –incluso la británica – no era una institución diseñada para luchar contra el totalitarismo; y resultaba muy desalentador descubrir que, al parecer, sólo un hombre – Winston Churchill – había entendido lo que estaba sucediendo, al que literalmente nadie le hacía caso”¹⁴

Su llegada a Nueva Zelanda en 1936 lo sitúa en ese ambiente propicio para trabajar y desarrollar las cuestiones que desde 1919 lleva incubando. Su *Lógica de la investigación científica* (1934) le sugería llevar ahora sus ideas a los métodos de las ciencias sociales; pero, insiste en su ya conocido argumento

“Sin embargo, me sentía muy reacio a publicar algo contra el marxismo: mientras existiesen aún en Europa, los socialdemócratas eran, después de todo, la única fuerza política que aún podía resistir a la tiranía”¹⁵

La noticia del *Anschluss* y la ocupación de Austria, en 1938, por las tropas nazis le llevan a iniciar, con el título provisional de Falsos profetas: Platón-Hegel-Marx, lo que más tarde serán *La sociedad abierta y sus enemigos* (1945) y *La miseria del historicismo* (1944). Ambas están escritas bajo los efectos de la subida del fascismo y del nazismo, auge de los nacionalismos, la segunda guerra mundial y el enfrentamiento progresivo, ya desde los dos últimos años de la guerra, entre Estados Unidos y Rusia.

¹³ Ibid., p. 132.

¹⁴ Popper, K.R.: op. cit., p. 179.

¹⁵ Ibid., p. 181.

Popper capta el *ethos* de posguerra, ese *Zeitgeist* que tiene su contrapunto en *El asalto a la razón*, de Georg Lukács, donde se analizaba la trayectoria del irracionalismo desde Schelling a Hitler, iniciado en plena Guerra Mundial y que aparecerá en 1952. Evidentemente los textos del autor austriaco resisten mucho mejor el paso del tiempo que el trabajo del autor húngaro. En la misma senda del liberalismo tenemos a F. Hayek con su *Camino de servidumbre* (1944). Podemos decir que la contraposición entre la sociedad abierta (democracia liberal, racional, crítica, que confía en la razón y en la libertad) frente a la sociedad cerrada (comunista o fascista) es el mejor modo para entender intelectualmente ese mundo –polarizado– que, después de la derrota del fascismo y del nazismo en 1945, conocemos como el de la Guerra Fría. Pero también para tomar partido en un escenario mundial que pivota sobre la hegemonía militar/política de la Unión Soviética y Estados Unidos. No pensemos que se trata de un simple reduccionismo, es la simple constatación de regímenes políticos donde, según Popper, existe o no existe la libertad. Esta es la cuestión.

En el orden intelectual, esa toma de posición le hace enfrentarse a esas concepciones de la filosofía, bienintencionadas, como las marxistas, que ofrecían un terreno abonado para la utopización de las ideas, pero con una planificación total de las acciones. Ahí radica uno de sus principales problemas. Popper aplica, así, un cierto “*escepticismo de la razón*” y también, hay que reconocerlo, una cierta militancia intelectual contra esos constructos que no contienen más que falsas promesas de felicidad y atentan gravemente contra la libertad humana bajo el pretexto del progreso y la transformación social. Nazismo, comunismo, historicismo, nacionalismo, utopismo, dogmatismo; en definitiva, el totalitarismo y la violencia que genera son los enemigos a batir. Son los enemigos –ahora ya puede decirlo– de la sociedad abierta. Frente a ellos se alza el “*mundo libre*” o, como lo llama también Popper, “*la Sociedad de la Comunidad Atlántica*”, “*la mejor sociedad que haya existido en todo el curso de la historia humana*”¹⁶.

POPPER Y LA SOCIALDEMOCRACIA

Como hemos visto –guiados por Sir Karl R. Popper– su relación con el comunismo-socialismo se sitúa en el período de entreguerras y en el largo intervalo de la Guerra fría. Eran, como hemos indicado, tiempo de militancias, de blancos y negros; malos tiempos, por tanto, para los grises. Esto es algo palpable en su misma *Autobiografía*. En la edición de 1993 hay un minúsculo “Post scriptum al marxismo” de 1992 en el que Popper escribe:

¹⁶ Popper, *Conjeturas y refutaciones*, p. 442.

“El comunismo soviético se ha extinguido, y con él la mayor amenaza nuclear para la humanidad. Regocijémonos. Y esperemos que no retorne esa amenaza en una nueva forma: hay muchas posibilidades. Desarmémonos y abandonemos la polarización de izquierda y derecha, parte del legado del marxismo, consecuencia a su vez de la amenaza nuclear. Intentemos vivir en paz, y disfrutemos de nuestras responsabilidades”¹⁷.

Hasta aquí el acta de defunción popperiana del comunismo. Pero, ¿y la socialdemocracia? Ya he señalado anteriormente que muchas veces se equipara –incluso por el propio Popper – comunismo con socialismo (en tanto que marxistas); pero es cierto que los partidos socialistas¹⁸ iniciaron reformulaciones programáticas como consecuencia de su distanciamiento del comunismo. Desde Bernstein a Otto Bauer o al “renegado Kautsky”, pasando por Lassalle o Max Adler, entre otros, puede verse en congresos, como el de Bad Godesberg en 1959, donde el SPD dejó a un lado el Programa de Erfurth y su “programa máximo”, lo que resultó una constante en muchos partidos socialistas: la construcción de un socialismo al que le eran inherentes la defensa de la libertad y la democracia. No había otros atajos. En realidad, era una necesaria puesta al día por el agotamiento del modelo socialdemócrata de posguerra (muy ligado a esa concepción del marxismo que criticaba Popper).

El comunismo también intentó hacer su *aggiornamento*. Muchos partidos comunistas –especialmente del sur de Europa- después del Informe secreto de Krushev al XX Congreso del PCUS denunciando el estalinismo, los sucesos de Hungría (1956), la invasión de Checoslovaquia (1968), la visión de los tanques soviéticos en Praga, fueron alejándose de la política hegemónica del PCUS. Nació así el eurocomunismo¹⁹ en la década de los setenta, en realidad un intento de hallar una tercera vía, de la mano de Berlinguer y el PCI, abandonando la vía revolucionaria en los países desarrollados de Europa.

Asimismo, los partidos socialistas del sur de Europa, principalmente en Grecia, Portugal y España, iniciaron a finales de los años setenta una redefinición programática debido al proceso de “acumulación ideológica” después de tantos años de dictaduras y regímenes autoritarios en sus respectivos países. El PSOE la realizó en el Congreso Extraordinario, después de la renuncia de Felipe González como secretario General en el XXVII Congreso, celebrado en septiembre de 1979, donde se asumía el marxismo

¹⁷ Popper, *Ibid.*, p. 322

¹⁸ Imprescindible el libro de Wolfgang Merkel (ed.), *Entre la modernidad y el postmaterialismo. La socialdemocracia europea a finales del siglo XX*, Alianza, Madrid, 1994.

¹⁹ No podemos abordar aquí las vicisitudes del eurocomunismo y la llamada “crisis del marxismo”, véanse los libros de Fernando Claudín, *La crisis del movimiento comunista* (1970), *Eurocomunismo y socialismo* (1977) y *La oposición en el “socialismo real”* (1981).

“como un instrumento teórico, crítico y no dogmático, para el análisis y la transformación de la realidad social, recogiendo las distintas aportaciones, marxistas y no marxistas, que han contribuido a hacer del socialismo la gran alternativa emancipadora de nuestro tiempo y respetando plenamente las creencias personales”²⁰

Nash ha entendido esta convulsión por lo que supuso la irrupción de la vida democrática en España, donde el Partido Socialista fue escenario

“de numerosas luchas entre los líderes del <exilio> y los dirigentes del interior, entre las diferentes generaciones, entre los diversos intereses regionales y, en los dos dramáticos congresos de 1979, entre los marxistas tradicionales y los partidarios de la modernización, la moderación y el laicismo”²¹

No se trataba de movimientos simplemente programáticos. La socialdemocracia, como defensora del Estado de Bienestar, aplicó en los países que gobernó medidas keynesianas y de estabilización que la convirtieron en una verdadera gestora de la crisis, en eso que Goran Therborn ha llamado “una práctica de gerencia económica-social moderna y humana”.

El socialismo democrático era, por tanto, más complejo que aquél trazo grueso descrito por Popper en los años cuarenta. Por eso, aparecen incluso a mediados de los años 80 nuevos proyectos dentro de la socialdemocracia europea, especialmente dos²²: *Perspectivas 90* (1984), del SPÖ (Partido Socialista Austriaco) y el *Proyecto de Irsee para un nuevo programa básico* (Munich, 1986), del SPD (Partido Socialdemócrata Alemán), en el que se incorporan muchos de los elementos del racionalismo crítico. Ciertamente, todo hay que decirlo, sin llegar a la “Poppermanía”²³ que García Santesmases denunció en relación con la autodenominación de “socialistas liberales” que algunos ministros del área económica del gobierno de Felipe González, se daban a sí mismos.

¿Y la relación de Popper con la socialdemocracia? La apertura de los partidos socialistas en sus resoluciones programáticas a incorporaciones hechas desde instancias ajenas a la tradición marxista ha llevado a que los valores de libertad, igualdad de derechos, la justicia y solidaridad sean protagonistas de las declaraciones de la Internacional Socialista en el XIX Congreso (Berlín, septiembre, 1992), XX (Nueva York, septiembre, 1996) y XXI

²⁰ *Resolución Política del Congreso Extraordinario PSOE*, Madrid, 28-29 septiembre, 1979, p. 2.

²¹ Nash, E.: “The Spanish Socialist Party since Franco”, en D. S. Bell y E. Shaw, *The Left in France*, Spokesman, Nottingham, 1983, p. 147.

²² El *Programa 2000* (1988) impulsado por el PSOE constituía un doble ejercicio de análisis de la realidad y también de debate para formular un programa básico estratégico y de renovación ideológica con validez para las próximas décadas estaba en sintonía con los proyectos del SPÖ y SPD (editados como documentación para la Escuela de Verano 86, 29 septiembre-3 octubre por la Secretaría de Formación del PSOE), *Proyecto de Irsee* 113 páginas, *Perspectivas 90*, 193 páginas.

²³ García Santesmases, A.: *Repensar la Izquierda. Evolución ideológica del socialismo en la España actual*, Anthropos, Barcelona, 1993, p. 310 y ss.

(Paris, noviembre, 1999), así como en los Consejos de Roma y Casablanca celebrados en el 2002 y 2003, respectivamente. Pero, recordemos algunas fechas y datos de este largo proceso.

En 1975, Helmut Schmidt prologa el volumen titulado *Kritischer Rationalismus und Sozialdemokratie* donde se estudia la relación de la socialdemocracia con el racionalismo crítico, entendido éste como teoría del conocimiento y filosofía política. El ex canciller afirma “*No soy marxista, tampoco soy partidario del racionalismo crítico*” pero constata esta penetración conceptual (si se me permite el término) de la filosofía popperiana en la socialdemocracia alemana, muy jalonado con constantes alusiones a Kant y rechazo del “*mero pragmatismo*”²⁴, oportunista, tan lejano del proyecto socialdemócrata. Lühns resalta como

“la ruptura entre la política de reforma gradual y la teoría marxista avanzó más profundamente, en un desarrollo que tal vez ha sido reconocido, pero que apenas podría ser ajustado”²⁵

De ahí que principios metodológicos del racionalismo crítico sean perfectamente compatibles con el proyecto socialdemócrata, actuando aquél

“como superestructura ideológica para delimitarse y justificarse frente a otras opciones... hace suyos un conjunto de tópicos sectoriales... compatibles con un socialismo no marxista: falibilismo, criticismo, antiutopismo, ética y método de la argumentación racional, libertad de crítica, política reformista gradualista, intervencionismo económico en el marco de una economía de mercado y libre competencia, el estado social de derecho, la democracia y la sociedad abierta”²⁶

Todos ellos –independientemente de la terminología- pertenecen a la tradición liberal, pero también a la del socialismo democrático, especialmente del pensamiento fabiano y de los reformadores del SPD, de clara inspiración kantiana.

El Partido Socialista Austriaco (SPÖ) desde el Congreso de Hainfeld (1888), donde se superó la escisión, mantuvo una estrecha relación con el SPD, ya desde entonces pivotó entre el bolchevismo y el reformismo de los socialdemócratas, ocupando un espacio propio, al que no es ajeno la teorización de Max Adler, R. Hilferding, K. Renner y Otto Bauer. Mercedes Cabrera ha recogido como el propio Bauer caracterizaba a los austromarxistas como

“un grupo de jóvenes austriacos empeñados en la actividad científica, unidos no por una particular dirección política, sino por la naturaleza de su trabajo científico, crecidos en una época de crítica al marxismo desde una pluralidad de argumentos filosóficos, políticos y económicos. Ese ambiente, lejos de cerrar dogmáticamente a los socialistas austriacos, les llevó a defender el marxismo, no como un

²⁴ Schmitt, H.: Vorwort, op. cit., p. IX.

²⁵ Georg Lühns, Thilo Sarrazin, Fritjof Spreer, Manfred Tietzel, “Kritischer Rationalismus und Sozialdemokratie”, en op. cit., p. 7.

²⁶ Perona, A.: *Entre el liberalismo y la socialdemocracia. Popper y la <sociedad abierta>*, Anthropos, Barcelona, 1993, p. 17.

sistema cerrado y autosuficiente, sino como algo abierto a otras fuentes para su enriquecimiento. No solamente el desafío teórico, sino la complejidad de los acontecimientos y procesos históricos que se acumularon, obligaban a abandonar todo uso superficial o esquemático del método de Marx. De ahí las discrepancias con las visiones esquemáticamente evolucionistas – o catastrofistas – o con el convencimiento de que la inevitabilidad del socialismo implicara su deseabilidad, y, finalmente, las reflexiones sobre el Estado y la relación entre socialismo y democracia”²⁷.

No hay que decir que desde el primer encontronazo, e inicio de todos los debates, entre los socialdemócratas y Marx, está el Programa de Gotha que contenía los principios y estrategia del Partido Socialdemócrata Alemán (SPD) creado en 1875, donde convergían el reformismo de Ferdinand Lassalle y el marxismo ortodoxo. Desde entonces se defendía el sufragio universal como medio para conseguir un estado libre, la defensa de los derechos civiles, de un modo pacífico, donde la libertad y las instituciones eran fundamentales en la construcción del socialismo. Los socialistas austriacos seguirían en el Congreso de Linz (1926) la tesis de Otto Bauer de aceptar la democracia como el espacio de confrontación política. La democracia siempre.

Para Popper el modelo siempre es el mismo: democracia-liberal como ideal de la sociedad abierta (que permite un abanico en las políticas desarrolladas), desde programas neoliberales a socialdemócratas. No es casualidad que se elija este paradigma, máxime si añadimos la introducción de la ética kantiana para la fundamentación del socialismo moderno, tal como lo expresaba Max Adler:

“Cuando Cohen decía que la idea política del socialismo está firmemente basada en la idea del imperativo categórico, que nos exige considerar a los hombres no como un medio sino siempre como un fin en sí, decía una muy profunda verdad, si de lo que se trata es de valorar éticamente el socialismo. Pero, en la medida en que concebimos el socialismo como movimiento histórico –y sólo esto constituye el problema que ocupa al marxismo-, la idea social expresada en el imperativo categórico nos parece entonces no ya un valor sino una fuerza inmanentemente operativa y que aspira a imponerse a través de los siglos en las diferentes formas de lucha de clases”²⁸

Vemos que en la “caja de herramientas” de la socialdemocracia alemana y austriaca, de orientación reformista, están recogidos muchos de esos caracteres indicados anteriormente. Otro reputado filósofo y parlamentario laborista, Bryan Magee, sostiene en

²⁷ Cabrera, M.: “La doble alma del SPÖ: La Viena Roja”, en *Programa de investigaciones al pensamiento socialista: Evolución histórica del Pensamiento socialista*, Programa 2000, Madrid, 1988, p. 59.

²⁸ Adler, M.: “Marxismo y ética”, en Virgilio Zapatero (ed.), *Socialismo y Ética: textos para un debate*, Editorial Pluma-Debate, Madrid, 1980, p. 206. Resulta esclarecedora la introducción de Virgilio Zapatero, “Marxismo y Ética” pp. 15-85. Así como los textos de Karl Adler (“Ética y socialismo”), Bauer (“Marxismo y ética”), Vorlaender (“Kant y Marx”) muy significativos para la cuestión que tratamos.

diversos textos²⁹ que Popper fundamentó “como nadie había hecho hasta entonces los fundamentos de la socialdemocracia... una filosofía de cómo cambian las cosas ... y hacerlo de una forma que, al contrario de lo que ocurre con las revoluciones, es racional y humana”; añadiendo que el propio Popper se resiste a la radicalidad “de las consecuencias” de sus propias ideas, que tienen como fin y meta de la política: “Reducir al mínimo el sufrimiento evitable”. Esa sociedad abierta que describe es una sociedad solidaria, que a través de la “ingeniería social fragmentaria” (*piecemeal engineering*) resuelve problemas cotidianos. Por ello, ese tipo de reforma social es identificada por Magee con políticas de corte socialdemócrata. Nosotros creemos que se trata de mecanismos neutros ideológicamente, llamados a servir de medios para la mejor realización de fines. Qué sesgo ideológico hayan de tener esos fines es algo en lo que el ingeniero social gradual no entra. Sus límites sólo los marca el libre ejercicio de la democracia. Por eso, el mismo Popper en *La miseria del historicismo* indica que el término ingeniería social fragmentaria

“es útil ya que es necesario un término que incluya las actividades sociales, tanto privadas como públicas que, para conseguir algún fin o meta, utilizan conscientemente todos los conocimientos tecnológicos disponibles (...) La tarea del ingeniero social fragmentario consiste en proyectar instituciones sociales y reconstruir y manejar aquellas que ya existen. La expresión <institución social> se usa aquí en un sentido muy amplio, que incluye cuerpos de carácter tanto público como privado”³⁰.

Y en *La sociedad abierta y sus enemigos* recalca como

“El ingeniero gradualista puede aducir a favor de su método que la lucha sistemática contra el sufrimiento, la injusticia y la guerra tiene más probabilidades de recibir el apoyo, la aprobación y el acuerdo de un gran número de personas, que la lucha por el establecimiento de un ideal”³¹

Como podemos apreciar, ésta ingeniería se opone a la holista o utópica que persigue remodelar a toda la sociedad conforme a un modelo falso e imposible. Esto es Popper en estado puro: no a las utopías que prometen “traer el cielo a la tierra”, pues, en aras de esa sociedad perfecta imaginada, siempre generan totalitarismo y violencia. Se trata de una traslación, a veces asimétrica, al ámbito socio-político de su modelo general epistemológico. Esta es la razón de que el ingeniero fragmentario no persiga sus propios objetivos, sino que plantee para satisfacer o evaluar los deseos de otros

²⁹ Magee, B.: *Popper*, Grijalbo, Barcelona, 1974, p. 114 y ss. Y en “Kritischer Rationalismus – Eine Unterhaltung mit Karl Popper”, en Georg Lührs, op. cit., pp. 73-87; *Confessions of a Philosopher*, Modern Library New York, 1999, pp. 118-20, 326-335.

³⁰ Popper, K.: *La miseria del historicismo*, trad. de Pedro Schwartz, Alianza, Madrid, 1999, pp. 78 y 79.

³¹ Popper, *La sociedad abierta y sus enemigos*, p. 158.

“pequeños ajustes y reajustes que pueden mejorarse continuamente... El ingeniero fragmentario sabe, como Sócrates, cuan poco sabe. Sabe que sólo podemos aprender de nuestros errores. Por tanto avanzará paso a paso, comparando cuidadosamente los resultados esperados con los resultados conseguidos, y siempre alerta ante las inevitables consecuencias indeseadas de cualquier reforma; y evitará el comenzar reformas de tal complejidad y alcance que le hagan imposible desenmarañar causas y efectos, y saber lo que en realidad está haciendo”³²

Cautela que procura no producir efectos que no se puedan corregir. O lo que es igual en los efectos de determinadas políticas hechas conforme a ese patrón holista.

De cualquier forma, a pesar de esa neutralidad ideológica de la ingeniería social gradual, no debe extrañarnos la identificación que Magee hace de ella con la socialdemocracia si pensamos en los fabianos³³ que consideraban al Estado y a la reforma política como instrumentos para alcanzar gradualmente los objetivos sociales. El socialismo se alcanzaría, para ellos, como resultado de esas reformas parciales y paulatinas que se realizarían en el momento preciso y oportuno (conforme a las tácticas del general romano, vencedor de Aníbal, de quien tomaron su nombre), sin necesidad de romper el juego político de la sociedad y, por tanto, sin dejar margen a las propuestas marxistas de transformación social. Su objetivo era combatir las desigualdades sociales a través de las reformas políticas y económicas³⁴.

Para avalar aún esa manera de pensar común de la socialdemocracia –o, al menos, algunas de sus familias- y el social-liberalismo de Popper, veámos como la *Enciclopedia del pensamiento político* destaca del fabianismo:

“(1) La importancia atribuida a la meritocracia y a la responsabilidad de los expertos en la administración de los asuntos públicos.

(2) su recelo de las tácticas de enfrentamiento radicales y su confianza en que una reforma deliberada planificada, que se llevará a cabo como resultado del triunfo de la razón y de la presentación de evidencias, puede crear lenta, pero inevitablemente, una sociedad socialista;

(3) su creencia en la razón como motor posible y deseable del gobierno y la política;

(4) su búsqueda de la eficacia de los asuntos públicos, justificada por criterios empíricamente demostrables;

³² Popper, *La miseria del historicismo*, p.p. 80-81.

³³ Decisivos para la fundación del Partido Laborista, la Sociedad Fabiana se fundó en 1884, Beatrice y Sydney Webb, George Bernard Shaw, G. D. H. Cole, o H. G. Wells son algunos de sus miembros, pretendían lograr sus fines “mediante la diseminación general del conocimiento referente a la relación entre el individuo y la sociedad, en sus aspectos económico, ético y político”; véase *Ensayos Fabianos sobre pensamiento socialista*, edición de B. Pimlott, trad. de Carmen López Alonso, Ministerio de Trabajo, Colección Clásicos, Madrid, 1988, 438 páginas.

³⁴ No es extraño tampoco que los fabianos tuvieran un influyente papel en las ideas del padre del revisionismo: Eduard Bernstein. Véase su *Socialismo democrático*, estudio, traducción y notas de Joaquín Abellán, Tecnos, Madrid, 1990, especialmente pp. 75-168.

(5) su compromiso con una forma de democracia en la que los individuos participan como ciudadanos, trabajadores, etc., y contribuyen, mediante sus esfuerzos, al bien público del que se benefician; y su consiguiente aversión al apoyo de las formas directas de poder popular”³⁵

Evidentemente no se trata de ponerle a Karl R. Popper un adjetivo más, ¡bastantes le han puesto ya! Lo que trato de expresar, con mayor o menor fortuna, es que eso que llamamos racionalismo crítico como expresión del pensamiento popperiano tanto epistemológico como social y político no se puede despachar con ningún calificativo fácil. Más aún: no es ningún despropósito establecer los vínculos del racionalismo crítico con la socialdemocracia, ni mucho menos. Por eso, ante la pregunta: ¿Se puede ser socialdemócrata y popperiano?, creo que la respuesta positiva es muy plausible. ¿Y socialista? La profundización en el liberalismo llevó a muchos al socialismo, pero la pregunta es otra: ¿Qué socialismo? Habría que adjetivar al socialismo, y a mí, personalmente, únicamente me gusta el de democrático. Pero estas cuestiones nos llevarían a problemas que no podemos abordar aquí. Quizás sea, ahora, el momento de recordar el final de un texto antes citado, “*Si hubiera algo así como un socialismo combinado con la libertad individual, yo seguiría siendo socialista*”. Dejémoslo así sin comentario

El propio Popper ha contestado a Pedro Schwartz en la entrevista que le realizó, titulada “Karl Popper y la Social-Democracia”, donde de nuevo –tal como indicamos al principio – socialismo es utilizado como sinónimo de comunismo o de socialismo revolucionario. Al preguntarle si es injusto presentarle como “un defensor del Estado de Bienestar” contesta

“Es cierto, se me puede ver como un defensor del Estado de Bienestar mientras mantengamos los ojos bien abiertos a las consecuencias no queridas de su establecimiento. En especial, debemos estar atentos al hecho que, si privamos a las personas de ciertas responsabilidades es posible que privemos su vida de sentido. Así por ejemplo, es una buena cosa que la gente con talento que no podría pagarse la Universidad pueda estudiar, pero al hacer el estudio demasiado fácil privamos del valor de su logro a quienes estamos dispuestos a cualquier sacrificio para entrar en el mundo del saber”³⁶

Las mismas respuestas ¡cincuenta años después! El ejemplo de la educación y el esfuerzo de los mejores... Schwartz insiste respecto de su “escepticismo sobre los efectos milagrosos del libre mercado”, la respuesta es contundente: “No hay que ser dogmático en nada”. Pensemos en modos de mejorar lo que tenemos, incluido el Estado de Bienestar, esto

³⁵ Miller, D. (Dir.): *Enciclopedia del pensamiento político*, trad. M^a Teresa Casado, Alianza, Madrid, 1989, p. 189.

³⁶ AAVV, *Homenaje a Karl Popper*, pp. 83.

es lo importante y no cuestionarse si “ha sido un éxito o un fracaso”. Lapidariamente manifiesta:

“La gente que cree que sabe es víctima de una ideología. Una actitud socrática es la única que se pueda tomar. Siempre hay que mantener una actitud abierta y estar dispuesto a aprender de los errores cometidos”³⁷.

EL INTERVENCIONISMO DEMOCRÁTICO FRAGMENTARIO

Finalmente, es menester abordar un último problema que no se puede soslayar: ¿Qué papel otorga al Estado el racionalismo crítico? Su concepción del mismo va ligada a la pregunta con que arranca el capítulo 7 de *La sociedad abierta*: “¿Quiénes deben gobernar el estado?” que reformula en la siguiente cuestión:

“¿En que forma podemos organizar las instituciones políticas a fin de que los gobernantes malos o incapaces no puedan ocasionar demasiado daño?”³⁸

La ingeniería social fragmentaria deberá evitar las paradojas de la democracia (que la voluntad popular entregue la dirección a un tirano, a un dictador) y para ello la democracia no es el tópico del gobierno del pueblo sino la decisión de

“...crear, desarrollar y proteger las instituciones políticas que hacen imposible el advenimiento de la tiranía... Vista desde este ángulo, la teoría de la democracia no se basa en el principio de que debe gobernar la mayoría, sino más bien, en el de que los diversos métodos igualitarios para el control democrático, tales como el sufragio universal y el gobierno representativo, han de ser considerados simplemente salvaguardias institucionales, de eficacia probada por la experiencia, contra la tiranía... y estas instituciones deben ser siempre susceptibles de perfeccionamiento”³⁹

Es la democracia el único medio para que los gobernados controlen al poder económico y frente al mal ejercicio del poder político; es un proceso de continuo ajuste para lograr mejores resultados y que validará las instituciones que utilizamos. Es un claro ejemplo de la teoría del control y del equilibrio. Ahora bien, es conocida la “teoría proteccionista del Estado”, que en *La sociedad abierta* defendió Popper. Allí afirmaba que “*el liberalismo y la interferencia estatal no están en conflicto*” y, por tanto, que desde su punto de vista el Estado debe proteger “*a los económicamente débiles de los económicamente fuertes. El Estado debe vigilar para que nadie se vea compelido a suscribir acuerdos no equitativos*”. Se trata, pues, de intervención política en el mercado; pero también en la conservación del medio ambiente o la mejora de la sanidad o educación. Respecto a esto último señala:

³⁷ Ibid., p. 90.

³⁸ Popper, *La sociedad abierta*, p. 124-125.

³⁹ Ibid., p. 128

“Soy de opinión, ciertamente, de que es responsabilidad privativa del estado cuidar que todos sus ciudadanos reciban una educación que les permita participar en la vida de la comunidad y aprovechar todas las oportunidades para desarrollar sus intereses y dones específicos; y también debe cuidar el estado, por cierto, (como lo destaca Crossman con razón) que la falta de <capacidad del individuo para pagar no le prive de realizar estudios superiores. A mi juicio todo esto corresponde a las funciones protectoras del estado”⁴⁰

Este es uno de lo que llama nuestro autor “*objetivo legítimo de la actividad estatal*”, pues lo que se exige del estado es “protección, no sólo para mí sino sobre todo para terceros”. La razón es ésta:

“exijo que no se pierda de vista el principal objetivo del estado, es decir, la protección de aquella libertad que no perjudica a los demás ciudadanos... esta exigencia es la que permite al tecnólogo social encarar racionalmente la solución de los problemas políticos”⁴¹

Este *proteccionismo* que Popper religa a la tradición liberal, aunque subraya que no tiene nada que ver con

“la *política de no-intervencionismo estricto* (denominada, a veces, aunque incorrectamente del *laissez faire*). El liberalismo y la intervención estatal no se excluyen mutuamente. Por el contrario, claramente se advierte que no hay libertad posible si no se haya garantizada por el estado

(...)

La idea fundamental del proteccionismo es ésta; proteger a los débiles de ser atropellados por los fuertes”⁴².

Reparemos en que Popper se declara en este punto más intervencionista que el propio Mill, un autor que dicho sea de paso los fabianos siempre proclamaron como antecesor⁴³. En efecto, Popper siempre ha sido un defensor de la libertad individual, pero también de señalar sus límites. El problema es el de hasta dónde puede llegar la limitación. En principio, como en tantos otros temas, Popper sigue la estela kantiana y su crítica a Hobbes. En efecto, en la segunda parte del opúsculo de 1793, *Sobre el tópico: Esto puede ser correcto en teoría, pero no vale para la práctica*, Kant sostiene un principio racional básico que Popper hace suyo: *nadie me puede obligar a ser feliz a su modo*. O sea, un gobierno que se constituyera sobre el principio paternalista de la benevolencia para con el pueblo terminaría siendo el mayor

⁴⁰ Ibid., p. 134.

⁴¹ Ibid., p. 115.

⁴² Ibid., p. 116 y 119. Sobre la relación del proteccionismo con la socialdemocracia en Popper: Jeremy Shearmur, *The political thought of Karl Popper*, Routledge, London-New York, 1996, pp. 114 y 116-120; Geoffrey Stokes, *Popper. Philosophy, Politics and Scientific Method*, Polity Press, Cambridge, 1998, pp. 72-73.

⁴³ Véase: Berlin, Isaiah, *Cuatro ensayos sobre la libertad*, Madrid, Alianza, 1988, p. 254.

despotismo imaginable⁴⁴. Popper, como Kant, no quiere el *imperium paternale*, o sea, un Estado omnipotente que sea tan bondadoso que procure nuestra felicidad.

“Si yo tuviera que dar –dice Popper⁴⁵- una fórmula o receta simple para distinguir entre los que considero planes admisibles de reforma social y esquemas utópicos inadmisibles, diría lo siguiente:

Trabajad para la eliminación de males concretos, más que para la realización de bienes abstractos. No pretendáis establecer la felicidad por medios políticos. Tended más bien a la eliminación de desgracias concretas”.

Se trata, pues, de eliminar desgracias. El Estado debe garantizar y respetar nuestros derechos y libertades individuales. Ahora bien, ¿esto significa que, como sostuvo Mill en el primer capítulo *On liberty*, el Estado debe garantizar y respetar la libertad que tiene cada uno de hacerse feliz o infeliz a su manera, si no amenaza los intereses de terceros? Ciertamente, una respuesta afirmativa obligaría a que el Estado se inhibiese a la hora de sancionar a los ciudadanos que viajen en coche sin cinturón de seguridad o de prohibir el tabaco o la droga, etc. Pero Popper no parece estar dispuesto a defender esa inhibición⁴⁶. A él le interesa precisar una cuestión ya advertida, aunque no desarrollada por Mill: la tolerancia no significa indiferencia. No se puede traducir en una forma de desinterés, en términos de "*puedes comportarte como quieras, en tanto que no me afectes a un tercero*". En este sentido, el Estado tiene para Popper responsabilidades, sobre todo preventivas, informativas y formativas.

Son las responsabilidades protagonistas de lo que fue su último ensayo publicado por Popper antes de su muerte en 1994, y que tiene a la televisión y su influencia en la conformación de actitudes, acciones y creencias del telespectador, sobre todo infantil⁴⁷, como foco de su análisis crítico. Popper relaciona el poder de la televisión con su teoría democrática. Para él, la democracia consiste en poner bajo control el poder político. Y la televisión escapa a él; no es ya el cuarto poder, más bien parece "*como si fuese Dios mismo el que hablara*". Por eso, plantea la necesidad de someter a control a la televisión; de otra forma, la democracia, el pluralismo, no puede existir. Propone, así, la formación de una organización de profesionales de la televisión, respaldada por el Estado, que estableciera una licencia que pudiera ser retirada de por vida a quien violara ciertos principios. O sea, el Estado –una vez más el Estado, por más que les pese a interpretaciones en exceso liberales de Popper- debe

⁴⁴ Ak. VIII, pp. 290-291.

⁴⁵ Popper, *La sociedad abierta y sus enemigos*, p. 432.

⁴⁶ Vid. *La responsabilidad de vivir*, Barcelona, Paidós, 1995, pp. 197 y ss.

⁴⁷ Popper, Karl R., John Condry, Karol Wojtyła y Charles S. Clark., *La televisión es mala maestra*, Traducción de Isidro Rosas Alvarado. Introducción de Giancarlo Bossetti. México, FCE, 1998.

intervenir para formar y limitar al medio que se ha convertido en el principal instrumento de formación de opinión pública⁴⁸.

El Estado es un medio de técnica social para conseguir determinados fines. El intervencionismo del Estado es un problema de tecnología social y a través de la ingeniería social tenemos que lograr que las consecuencias que produzcan sean favorables para el mayor número de ciudadanos. Impedir la excesiva burocracia (uno de los males mayores, a juicio de Popper) será uno de los objetivos, pero teniendo claro que hoy, los estados democráticos, “*representan una considerable conquista en el campo de la ingeniería social del tipo gradual*”.

El propio Popper ha tenido que precisar, con su contundencia habitual, su propia posición frente a algunas interpretaciones “ultraliberales” de su obra. Citaré como ejemplo la de Pedro Schwartz. Ya en su encuentro en Burgos (1968) tuvo que manifestar el propio Popper:

“Creo que puedo satisfacer el deseo de Schwartz de que estemos en desacuerdo. Estoy en desacuerdo principalmente con su exposición de mi postura. Nunca, que yo sepa, he dicho que podemos reducir las instituciones a individuos o acciones individuales”⁴⁹

La causa principal de muchas interpretaciones de Popper como filósofo conservador es debido a la aproximación a su obra desde el pensamiento de Hayek. Es el caso del profesor Schwartz, incansable propagador del liberalismo. Su estudio sobre la ética en ambos pensadores resulta en este sentido clarificador⁵⁰. Como clarificadora es también la entrevista que le hace el mismo Schwartz y recogida en el *Homenaje a Popper* de la FAES⁵¹. En ella Popper confiesa:

“Es cierto que se me puede ver como un defensor del Estado de Bienestar mientras mantengamos los ojos bien abiertos a las consecuencias no queridas de su establecimiento”.

Popper siempre ha juzgado el Estado de Bienestar como una conquista, por eso insiste en la propia entrevista que la cuestión no puede ser planteada en términos de si ha sido un éxito o no, sino pensando en las maneras de mejorarlo.

⁴⁸ Popper sostiene que “Debe distinguirse la opinión pública de la publicidad de la discusión libre y crítica que es (o debería ser) la norma en la ciencia, y que incluye la discusión de problemas de justicia y otros problemas morales”, *Conjeturas y refutaciones. El desarrollo del conocimiento científico*, trad. Néstor Miguez, Paidós, Barcelona, 1983, capítulo 17, “La opinión pública y los principios liberales”, p. 424.

⁴⁹ Pedro Schwartz, Carlos Rodríguez Braun y Fernando Méndez Ibisate (eds.), *Encuentro con Karl Popper*, Alianza, Madrid, 1993, p. 29.

⁵⁰ Schwartz, P.: “La ética en el pensamiento de Popper y Hayek”, en *Encuentro con Karl Popper*, ed. cit., pp. 37, 47

⁵¹ Entrevista inédita de 6 de junio de 1982.

Nunca encontraremos en el filósofo austriaco una afirmación como la hayekiana de considerar el socialismo como coacción del Estado, o como la de mi querido ex colega en tareas parlamentarias cuando califica a la redistribución forzosa “*de robo público*”. Sólo cabe recordar lo que indicaba Popper en *La sociedad abierta y sus enemigos*:

“si queremos la libertad de ser salvaguardados, entonces deberemos exigir que la política de la libertad económica ilimitada sea sustituida por la intervención económica reguladora del estado. Deberemos exigir que el *capitalismo sin trabas* dé lugar al *intervencionismo económico*”⁵²

El mismo punto de vista mantenía cincuenta años después:

“un defensor e incluso un admirador de lo que se denomina de modo correcto <libre mercado>, pero el libre mercado sólo puede existir si está protegido por un sistema legislativo, regulado por la ley... el mercado de la tierra o de la vivienda... este mercado sólo puede funcionar si la propiedad de la tierra o de la vivienda está protegida por el estado y la regulación de la ley”⁵³

El intervencionismo democrático fragmentario debe ser visto, por tanto, como una técnica empleada por la ingeniería social gradual. El papel del Estado (aún siendo un *mal necesario*) no es el de un Estado mínimo, limitado a las tareas del “guardián nocturno”. En último término, Popper defendería no tanto la idea de un Estado mínimo como la idea de un *Estado garante (Ensuring State)*,

Podríamos concluir, entonces, diciendo que a lo largo de su dilatada trayectoria intelectual, y a pesar de las situaciones bien distintas en las que le tocó vivir, hay una idea que permanece inalterada en el pensamiento popperiano y que aceptaría todo buen socialdemócrata: el intervencionismo mínimo de un Estado protector no conlleva la pérdida de libertad individual sino la garantía de la misma.

⁵² Popper, *La sociedad abierta*, p. 306.

⁵³ Karl R. Popper: “La sociedad abierta, hoy”, Conferencia pronunciada en el Institut Catalá d’Estudis Mediterranis, publicada en *Diario 16*, 22 y 23 de noviembre de 1991.